

Raúl Tola

La favorita del Inca



«Nunca estuvo tan tranquila la vaguada. El viento no agita las copas de los guayacanes, ni peina las tupidas melenas de los mangles ni silba entre los tallos de las totoras.(...) Siempre son más calladas las noches que suceden a la batalla». La favorita del Inca acaba de ser asesinada mientras la corte imperial se halla reunida en el palacio. Todos piensan que se trata de un accidente menos Amaru, mensajero real, quien tendrá que encontrar al culpable del crimen o de lo contrario pagará con su vida. Raúl Tola nos entrega *La favorita del Inca*, novela en clave policial donde un asesinato es la excusa para revelar los complejos mecanismos del poder durante el imperio legendario de Pachacútec. Una lectura que atraparé al lector quien, de la mano del chasqui Amaru, emprenderá una aventura en la que nada será lo que parece ser.

Índice de contenido

Cubierta

La favorita del Inca

Prólogo

I

II

III

IV

V

VI

Epílogo

Glosario

Agradecimiento

Sobre el autor

*Para Andrea,
su propia historia de policías y ladrones.*

Canto de guerra

*Beberemos en el cráneo del enemigo,
haremos un collar de sus dientes,
haremos flautas de sus huesos,
de su piel haremos tambores,
y así cantaremos.*

Tradicional poema heroico inca

Prólogo

Debió encontrarla justo donde le dijeron. Apoyada en el murete, las manos nerviosas sobre el borde, en puntas de pie para poder asomarse. Todos estaban reunidos en el salón principal, pero ella no había podido aguantarse y había subido a la galería que corría sobre el patio abierto. Así esperaba ser la primera en ver al mensajero cuando apareciera en la ladera del cerro Pukamuqu, entrara a la ciudad, recorriera sus intrincadas calles de piedra y desembocara en el palacio, trayendo las noticias que anunciaría a la corte.

En ese momento la habrá contemplado. Advertiría el temblor de emoción que debió sacudir su cuerpo cuando descubrió al puntito que era el mensajero bajando el cerro Pukamuqu tan rápido como si se despeñara, hasta quedar oculto por los techos de paja de los barrios del norte. Se empinó más, se tapó la boca con la mano, ansiosa estaba. Se emocionó de nuevo en cuanto volvió a verlo lanzado por el camino que conducía a la Gran Plaza.

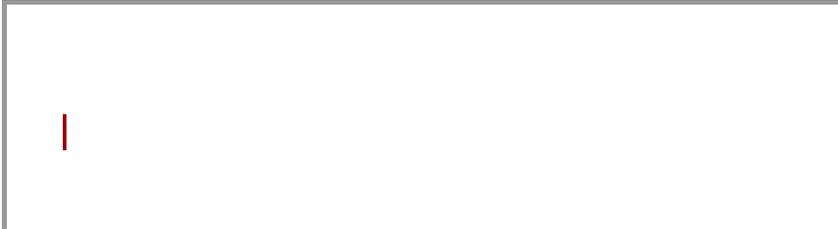
Acompañado por los bramidos de su caracola el mensajero fue una flecha que pronto emergió en la desembocadura de la plaza Cusipata con las plumas blancas del penacho flameando al viento, que no se detuvo ante los guardias que vigilaban la entrada del palacio Condorcancha, que cruzó el oscuro vestíbulo y solo se frenó en la cancha abierta, donde lo esperaba la enjuta estampa del

Sumo Sacerdote. Este apenas le dirigió un par de palabras antes de conducirlo a los interiores del palacio.

Seguro estaba nerviosa, preocupada, se estrujaba las manos, tenía los ojos brillantes, alguna lágrima se le escapó. Todavía permaneció unos momentos en aquel lugar, recortada por el sol que llegaba del oeste: quieta, dubitativa, como si temiera lo que iba a escuchar. Pero entonces oyó el ruido del festejo que vino del salón principal y su gesto cambió, se llenó de alivio, de satisfacción, sonrió incluso. Por fin pareció decidirse, se arregló la ropa, se sacudió el polvo y se giró.

¿Qué pensaría en ese momento, oculto en ese rincón oscuro del segundo piso, mientras la vio avanzar hacia las escalinatas, acariciando el antepecho de la galería corrida, cada vez más próxima? ¿Sospechaba la serie de eventos que estaba por desencadenar, que trastocarían la vida en la corte y amenazarían la estabilidad del imperio?

Solo se sabe que saltó de las penumbras, se abalanzó sobre la muchacha y la embistió como un tapir furioso. Que ella estaba distraída, seguro perdida en sus pensamientos, y la tomó por sorpresa. No alcanzó a emitir ningún sonido cuando recibió el empujón, cayó desde aquella altura y se estrelló contra el suelo con tanta violencia que su cabeza pareció reventarse como una fruta y su cuerpo quedó extendido sobre una cama de sangre, descoyuntado, inerte.



Oye el ronquido de la caracola y su cuerpo entra en tensión. Sabe que aparecerá en cualquier momento, pronto lo verá surgir detrás de aquella loma, remontando a toda prisa el camino de piedra. Tendría que estar acostumbrado, pero en cuanto lo divisa vuelve a sentir la misma excitación, el mismo entusiasmo, la misma alegría de la primera vez. Desde lejos parece que avanzara en el aire, perdido entre la niebla y la fronda de palmas, árboles de lupuna, itahubas y cedros.

Corre bonito ese chasqui. Con zancadas largas, moviendo los brazos al compás, la frente alzada, sacando pecho. Lleva con gracia el penacho de plumas blancas, del cinto le cuelgan la porra y la huaraca, el bolso de las encomiendas le brinca en la espalda, tan ligero que las suelas de sus ojotas apenas rozan el camino. A la distancia se oye su respiración, se ve su piel oscura que brilla por el sudor, su rostro concentrado, tenaz.

Vuelve a llevarse la caracola a los labios y lanza un nuevo ronquido que retumba en el valle. Amaru siente un escarabajeo que lo recorre de la cabeza a la punta del pie y comienza a mover el cuerpo para activarlo. Cuando llega al tambo, el chasqui le entrega el bolso de las encomiendas y recita el mensaje. Amaru lo escucha, se echa la carga al hombro y se lanza a correr.

Acelera por el camino de piedra sin mirar atrás, tan rápido como le permiten sus piernas delgadas y ligeras. Ya pasó el mediodía y el sol le calienta la coronilla, la nuca, los hombros, rápido lo hace transpirar. En cuanto toma la primera curva el valle se abre como una boca, con las altas paredes de los cerros a los lados, surcadas por bandas de tangaras, mirlos y colibríes. Contempla las nubes efímeras, el horizonte dentado de la cordillera, los andenes para la quinua, el maíz, el olluco y la papa. Abajo, montado sobre su cama de piedras y barro, tiene una visión del río Vilcanota, cuyo violento rumor no alcanza a escuchar, que desaparece cuando Amaru coge el desvío a Chinchero.

Trata de correr sin pensar, como le enseñaron en la escuela de chasquis, pero es imposible. Estaba atento al relevo porque sabía que traía noticias urgentes de la guerra, que ahora no dejan de jugar cabriolas en su cabeza. Se exige al ascender por la montaña y comienza a dejar atrás la apretada vegetación del valle.

A la altura de Maras el paisaje cambia. Ahora discurre por una llanura de pastizales secos, salpicada por malezas y huarangos como gigantes ancianos solitarios. Cuando llega al pueblo de Chinchero se lleva la caracola a los labios y la sopla con todas sus fuerzas para que los vecinos se aparten. Desde ahí el camino es una larga recta que pasa cerca de la laguna de Puray y del Machu Kuntur Sinqa, la venerada montaña con forma de nariz.

El salón principal del palacio Condorcancha está lleno, toda la corte se ha congregado para la ocasión. En la amplia y caldeada estancia de piedra negra se apiñan los generales más veteranos y los curacas de las comarcas cercanas, junto con las decenas de esposas, algunos de los cuatrocientos hijos y la multitud de parientes que conforman el Hatun Ayllu, la panaca o linaje real. Las mujeres visten sobrias capas de piel de vicuña y lucen tocas prendidas con

alfileres de plata. Los hombres llevan el pelo muy corto y enormes pendientes de oro amplifican sus orejas, de ahí su sobrenombre: «Orejones». Sobre las cabezas asoman las puntas de las lanzas de cobre conocidas como champis, los estandartes y los penachos de los guerreros.

En medio del salón destaca la solitaria figura del Willaq Umu, el Sumo Sacerdote. Es un individuo aviejado, puro hueso sin carne por una vida de ayuno y abstinencia. Tiene la cabeza ceñida por el huámpar chucu –el casco triangular que representa su poder–, un gran disco solar le cuelga del pecho y viste un mantón colorado donde revolotean las violentas imágenes de los dioses de la guerra.

A su espalda se ha ubicado el Consejo Imperial. Lo encabezan cuatro Apus maduros que, junto con otros notables y ancianos sabios, se encargan de administrar las provincias y ayudan a Pachacútec en la toma de las decisiones más delicadas.

La Coya Anahuarque está al fondo, sentada en un anda de oro macizo. Esposa principal del Inca, es una mujer soberbia, de piel castaña y grandes ojos perlados y oscuros como capulíes. Tiene el gesto sereno y sus movimientos son pausados. Mantiene la vista fija en la entrada, donde su esposo deberá aparecer en cualquier momento. Da la impresión de ignorar el murmullo que sobrevuela el salón principal, en el que todos hablan de su hijo mayor, el Auqui Túpac Yupanqui.

El futuro sucesor del Inca es la mayor ausencia de esta tarde. Desde que se le confió el mando del ejército imperial –hace más de diez calendarios, para que su padre se dedicara a sus labores políticas y administrativas– pasa temporadas muy cortas en el Cusco. La mayor parte del tiempo está en el frente, jefaturando las tropas imperiales.

Aunque era joven cuando recibió el encargo, desde el principio el nombre de Túpac Yupanqui ha sido sinónimo de victoria. Su liderazgo sirvió para afianzar la paz en el imperio cuando todavía se respiraban los malos aires de la

Gran Rebelión. Luego ayudó a extender los dominios del Inca en largas guerras contra los pueblos que se mantenían rebeldes en la ruta a Cajamarca.

Siguiendo órdenes, hace un par de calendarios consolidó la provincia del Chinchaysuyo. Primero abatió a los chachapoyas, huambos y guayacondos, y sus últimos rivales fueron los poderosos chimúes, a quienes doblegó luego de conquistar su capital, la fabulosa ciudadela de barro de Chan-Chan. Logró hacerlo al cabo de un largo sitio, matándola de sed después de que sus ingenieros acometieran la enorme tarea de desviar las aguas del río Moche.

Su último avance ha llegado todavía más lejos, pasando Huanchaco, el río Piura y el golfo de Guayaquil, hasta las faldas del Cerro de Hojas, donde acaba de enfrentarse al reino de los manteños. En la corte se espera la llegada de un chasqui que traerá información urgente, un mensaje con el resultado de la campaña y el estado de salud del Auqui Túpac Yupanqui, junto con un quipu con la crónica de las batallas y la condición en que ha quedado el ejército.

Cuando se oye el rumor de las pisadas de los porteadores que transportan el anda es como si un rayo fulminara a los señores de la panaca real. Las conversaciones cesan en el acto, todos entran en tensión, vuelven la mirada al ingreso del salón. Una sonrisa sutil se despliega en el rostro de la Coya Anahuarque cuando el Inca Pachacútec por fin se muestra.

Corre a toda prisa por el último tramo de este brazo del camino que zigzaguea, rodea montañas, elude cochas, sigue recto por explanadas, acompaña canales de riego, cruza riachuelos y delimita chacras. Todos los recuerdos de Amaru confluyen en esta misión, la más importante de su corta carrera.

Hasta acá lo ha traído una vida entera dedicada a perfeccionarse en el sagrado arte de correr. Como el resto de los chasquis, sus vivencias más tempranas son confusas, y la mayoría de sus recuerdos está asociada con la escuela donde creció y lo entrenaron. Sometido a una estricta disciplina, ahí se convirtió en un joven portento, capaz de recorrer largas distancias a pie o a nado. También le enseñaron a orientarse con la posición del sol o las estrellas, y aprendió las técnicas que le permiten recordar largos mensajes solo con escucharlos una vez.

Aunque no recuerda quiénes fueron sus padres –su infancia es una mezcla de rostros borrosos y momentos inarticulados sobre la que se solapan las imágenes más recientes de los entrenamientos, las lecciones y los castigos de la escuela de chasquis–, Amaru sabe que solo a los nobles se les permite ofrendar a sus hijos para semejante tarea, algo considerado un sacrificio y un honor al mismo tiempo.

Gracias al mensaje que su relevo le recitó al oído ya está al tanto de cómo le fue al Auqui Túpac Yupanqui. Ahora quisiera tener claro adónde se peleó, qué tan salvaje fue la batalla, con cuántos muertos se saldó. Bien fácil sería detenerse, abrir el bolso de las encomiendas, sacar el quipu e intentar descifrar alguna información adicional para satisfacer su curiosidad.

Pero no lo hará. Amaru luce con orgullo el penacho blanco porque sabe la importancia que su trabajo tiene para el funcionamiento del imperio. Por el sistema de correspondencia viajan veloces las órdenes y las noticias, el Inca puede gobernar las provincias más remotas, coordinar con el ejército dondequiera que esté, incluso comer pescado fresco de la costa y frutos recién cogidos de la selva. Los chasquis son tan importantes que por cualquier error se les castiga con la mayor severidad. Si se supiera que violó el secreto, Amaru sería condenado a muerte en el acto, lo mismo que si reportara hechos falsos.

Corta por un atajo que cruza un cañaveral de totoras junto a una laguna. Durante unos segundos solo puede ver los altos tallos que lo rodean formando un compacto celaje verde. Este sería un lugar perfecto para una emboscada, piensa. En la escuela oyó historias de chasquis que murieron a manos de bandidos, malones o espías enemigos, o sufrieron el ataque del jaguar, la pantera o la anaconda. Otros fueron víctimas de accidentes, resultaron sorprendidos por las avalanchas, los huaicos, los incendios forestales o las heladas, tropezaron y se despeñaron en los senderos más empinados, o cayeron rendidos por el agotamiento y la sed. Es una ocupación riesgosa, pero a Amaru no le importa.

Cuando llega al final de ese sendero se encuentra una ancha avenida. Se trata del tronco principal del Camino Inca, el genuino Cápac Ñan, una de las mayores obras de ingeniería del imperio. Es una línea casi recta que parte cerros, cruza pantanos, salta quebradas y discurre por el altiplano, la meseta encerrada entre las dos cadenas montañosas que conforman la cordillera de los Andes.

Gracias a este cordón umbilical que comunica de punta a punta el imperio, a Amaru le tomará poco tiempo llegar a la ciudad del Cusco. No se detendrá hasta alcanzar el palacio Condorcancha, donde llevará las noticias de la campaña contra los manteños. Se presentará ante la panaca real y tendrá el altísimo honor de despachar el mensaje al Inca Pachacútec en persona. Sabe que hoy es un gran día y por eso aprieta el paso.

Por entonces los incas eran una pequeña confederación de curacazgos que ocupaba uno de los valles del altiplano. La potencia dominante eran los chancas, un pueblo de feroces combatientes, que vecindaban con el Cusco por el norte y que, en su momento de máximo desarrollo, iniciaron un agresivo proceso de expansión.

Cusi Yupanqui no era el favorito de su padre. Para sucederlo, el Inca Viracocha prefería a Inca Urco, su hijo más hermoso y alegre, nacido de su concubina preferida. Pero cuando asumió el cargo de regente, el heredero al trono se entregó al vicio y la diversión. En lugar de dedicarse a las tareas urgentes de gobierno y tomar recaudos para afrontar la ofensiva de los chancas, comenzó a pasar largas temporadas encerrado en las casas de recreo de la campiña, entregándose a toda clase de vicios. A su vuelta era normal verlo borracho de chicha, caminando a trompicones por las calles, mientras armaba escándalos, insultaba a los vecinos, se propasaba con sus esposas, buscaba pelea.

Todo cambió cuando se supo que el ejército chanca había arrasado los fértiles campos de Andahuaylas y sus guerreros avanzaban decididos hacia el Cusco. Desbarataron las partidas que salieron a cortarles el paso y, peleando como si llevaran un demonio adentro, alcanzaron las puertas de la ciudad, desatando el pánico.

En vez de negociar con el emisario que les enviaron, Viracocha e Inca Urco entregaron su rendición sin condiciones y huyeron tan lejos como pudieron, dejando a sus súbditos solos y desamparados. Fue entonces que surgió la figura de Cusi, el hijo ignorado, quien, luego de enviar varios chasquis a exigir que su padre y su hermano volvieran para ponerse al frente de la ciudad, debió asumir la conducción de las tropas y organizó la defensa.

Para hacerlo tuvo una ayuda impensada. Cuando los chancas supieron que librarían la batalla contra unas huestes diezmadas que comandaba un jovencuelo sin experiencia ni prestigio, mandaron decir que les regalaban tres meses antes de atacar, para así aumentar el placer de la victoria.

En lugar de sentirse humillado, Cusi invirtió cada segundo en los preparativos. Hizo un llamamiento a los curacas vecinos para unirlos contra la amenaza chanca, logran-

do el compromiso de las tribus canas y canchis. Los demás prefirieron observar la disputa a la distancia, no fueran a cometer el error de aliarse con los perdedores.

Como el número de sus hombres era muy reducido, comprendió que un combate a campo abierto sería suicida y prefirió atrincherarse dentro de la ciudad. Entregó un arma a todo aquel que estuviera en disposición de pelear y ordenó cavar grandes zanjas alrededor del Cusco, que hizo cubrir con ichu. Luego se sometió al ayuno y la oración, mientras los sacerdotes celebraban sacrificios y plegarias. El día del combate se tocó con una cabeza de jaguar y se puso al frente de unas defensas planeadas con tanta inteligencia, demostrando tanta imaginación, conocimiento de las artes bélicas y bravura, que lograron el milagro de repeler a los chancas.

Pero la victoria definitiva ocurrió una semana después en las faldas del cerro Ichubamba. Sabiendo que era una batalla que podía definir el curso de la guerra, Cusi ordenó que sus soldados juntaran montones de piedra, les dieran forma de hombres y los vistieran con el tocado de fibra, la túnica de tres colores, el escudo de cuero y la porra de los guerreros. Así los chancas pensarían que estaban por enfrentar a un enemigo más numeroso y entrarían a pelear sintiéndose en inferioridad. En adelante se contaría que, cuando los dos ejércitos chocaron, los montones de piedra se humanizaron y se sumaron a las filas de Cusi Yupanqui, que terminaron por aplastar a los invasores.

Aunque ese día nació la leyenda de los guerreros de piedra, quienes estuvieron presentes saben que la verdad fue otra. Alrededor de Ichubamba estaban apostados los pueblos indecisos, aquellos que aún no definían su alianza con los incas o los chancas. Cuando la pelea avanzó y vieron el fervor desplegado por el ejército cusqueño, decidieron sumársele. Las tropas combinadas vencieron a los invasores y los hicieron marcharse por donde habían venido.